

El espejo del cautiverio. *Cervantes* (1943) de Antonio Espina

Jordi Amat
(IS)

El martes 3 de agosto de 1937, hacia las ocho y media de la tarde, en la parte de la iglesia de los Capuchinos de Palma de Mallorca habilitada como Prisión Provisional, un preso pendiente de ser juzgado en consejo de guerra intentó suicidarse cortándose las venas con una hoja de afeitar. Es del todo anómalo que los presos dispongan de objetos con los que puedan autolesionarse. Pero en este caso, como el barbero del presidio estaba desbordado de trabajo por la superpoblación de la cárcel, se había permitido que los presos se afeitasen ellos mismos. Con urgencia el médico se trasladó a la enfermería. Ya eran las nueve. En la cama, en posición de cúbito supino, el suicida se desangraba. Taponó la herida como pudo y, cuando el doctor comprobó quién era, comprendió: aquel hombre en quien venía descubriendo evidentes señales de perturbación mental. Y no era un preso cualquiera: era el Gobernador Civil de Mallorca cuando estalló la Guerra Civil. Tenía cuarenta y seis años. Se llamaba Antonio Espina.

Antonio Espina, más que político, era un escritor. Como es bien sabido había sido uno de los grandes nombres de la vanguardia prosista española, uno de los satélites más brillantes que habían orbitado entorno al planeta de modernización que fue la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. Primero poeta y luego novelista adscrito a una moderada deshumanización del arte, articulista y crítico literario, Espina quizá haya sido el mejor biógrafo de nuestra exigua tradición de escritura de vidas ajenas. Más escritor que político, decía, pero político también. Aceptó el puesto de gobernador civil de Mallorca, dejando el de Ávila, tal vez porque le habían prometido que su estancia en la isla sería tranquila. Sucedió exactamente lo contrario. Liberal, militante de la Izquierda Republicana de Manuel Azaña, tomó posesión del nuevo cargo el 9 de julio de 1936. Fue leal al gobierno legítimo. Al cabo de tan sólo diez días, siguiendo órdenes del golpista general Goded –quien declaró el estado de guerra en las Baleares y en menos de un mes sería fusilado en Barcelona–, Espina fue detenido. Aunque el general pidió por escrito que se respetase tanto a Espina como a su mujer y sus hijos, estos fueron tratados como unos parias.

El purgatorio de Espina, dramático, lo ha reconstruido con precisión Josep Massot i Muntaner –el historiador que mejor conoce el desarrollo de la Guerra Civil en sus Baleares– en un librito tristísimo titulado *El calvari d'Antonio Espina i de Guillermo Roldón. Mallorca, 1936-1940*. El erudito Massot accedió al dossier del Archivo de Justicia Militar de Palma donde se conserva la documentación de la causa 18 de 1937 (un dossier donde incluso, recubierta de papel y enganchada con un clip oxidado, se conserva la hoja de afeitar) y así podemos conocer, con detalle, ese episodio completo. Se aclara, por ejemplo, el intento fallido de canje en el que estuvieron comprometidos el presidente Azaña y diplomáticos británicos. Durante cuatro días del mes de diciembre de 1936, en un camarote del crucero *Galatea* frente al puerto de Barcelona, Espina esperó que se hiciese efectivo su canje por el hijo del general Goded. Parece que los anarquistas de la FAI no aceptaron el canje. El *Galatea* volvió a Mallorca. En el mes de enero de 1937 su situación mental empezó a ser preocupante. Mientras, se iba acumulando información depuradora contra él y se le tomó declaración en más de una ocasión. El día 17 de junio le fue notificado su auto de procesamiento. Se le acusaba de haber cometido el delito de auxilio para cometer la rebelión, es decir, trastocando toda lógica, se le acusaba, en realidad, de haber tratado de impedir la insurrección militar. Quince días después se cortó las venas. Espina sobrevivió al

intento de acabar con su vida. De la cárcel lo trasladaron a un manicomio donde su estado, entre otros, fue evaluado por el psiquiatra y novelista Llorenç Villalonga. Deberían pasar meses para su Consejo de Guerra, celebrado, finalmente, el 6 de junio de 1940. Fue absuelto. Volvió a Madrid. Cuando sobrevivía como un enterrado en vida, le encargaron varias biografías. Una de ellas dedicada a Miguel de Cervantes.

Biografía, moral y política

Antes del estallido de la Guerra Civil y, con ella, antes del inicio de su calvario, Antonio Espina había sido uno de los actores principales del intento de adaptar a la cultura española la moda biográfica –la moda de la “nueva biografía”, para decirlo con Virginia Woolf– que había tenido un notable impacto en los sistemas literarios francés, alemán e inglés entre el final de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la década de los 30. Ese intento de adaptación española tuvo una colección emblemática: “Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX” publicada por la editorial Espasa y cuyo primer ideólogo fue Ortega y Gasset. El propósito de Ortega era dotar al lector medio de unos libros a través de los cuales pudiera hacerse una composición de lugar del laberinto español del siglo anterior. En aquel proyecto comprometió a algunos de los literatos más comprometidos con la aventura intelectual de *Revista de Occidente*. Uno de ellos fue Espina. Se usó la “nueva biografía –un estilo que al mezclar el género con la narrativa y la psicología ampliaba potencialmente sus lectores– con un programa de nacionalización de las clases medias cultas. Esa misma instrumentalización del género biográfico, para legitimar otro modelo ideológico, la hizo suya el bando insurrecto que desencadenó la guerra civil española y que encarceló a Antonio Espina. La biografía se usó para reforzar el relato histórico a través del cual el nacionalcatolicismo quería justificar la guerra que había puesto en marcha. Volvía así a las imprentas la España Imperial.

“Érem contemporanis dels Reis Catòlics” (Puig 114). Así describía Josep Pla el clima moral de la primera posguerra, aquel cotidiano anacronismo de cartón piedra que fue consecuencia de una campaña totalitaria de propaganda del Imperio Áureo emprendida por el nacionalcatolicismo. La restauración imposible (en el plano estético, ideológico o historiográfico) que se propuso el proyecto cultural del fascismo en España también condicionó la escritura de biografías. En muchos casos el relato biográfico traía implícito una apuesta (más o menos velada) de legitimación ideológica, es decir, la práctica del género pudo ser concebida como otra herramienta de una determinada política de la memoria histórica que justificaba el modelo ideológico del Régimen ensalzando a los héroes de los Siglos de Oro. Los primeros años de la década cuarenta representaron, pues, los años de reescritura del santoral de los hombres (siempre muchos más hombres que mujeres) que representaban el genio patrio, creyendo en la existencia de una esencia española identificable en lo entero de sus vidas. Personajes paradigmáticos de este empeño fueron un religioso y un militar modélicos: el Cardenal Cisneros y el Gran Capitán.

Aunque el caso más extremo quizá sea el de Luys Santa Marina, el ejemplo más claro lo representa “La España Imperial”. En 1938 la editorial Luz de Zaragoza publicó el primer volumen de esta colección cuyo formato era idéntico al de las “Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX” de Espasa Calpe. A caballo entre 1939 y 1940 “La España Imperial” iniciaría una segunda época impulsada ahora por la editorial Biblioteca Nueva de Madrid. El primer título de la serie fue *Isabel la Católica* del Barón de Nervo y la última entrega *Santa Cruz, primer marino español*, firmada por Carlos Ibáñez de Ibero, Marqués de Mulhacén, y editada en 1946. Aunque desconozco

la cifra exacta (no son textos fáciles de encontrar), tengo referencia de una veintena de títulos (no es poco para una colección de biografías en España), alguno de los cuales se reeditó durante la primera mitad de los años cuarenta.¹ Papel parecido sería representado a partir de 1943 y hasta los primeros cincuenta por la colección “Breviarios de vida española” de la pública Editora Nacional, en la que colaboraron prolíficos biógrafos (como Julio Romano, Maximiano García Venero o Luciano de Taxonera) y Ricardo Gullón, Ramón de Garciasol o Marichu de la Mora, entre muchos otros. Como explica Eduardo Ruiz, en estos libros “la nación prestaba su fuerza al brazo de sus paladines, les confiaba sus designios en las disyuntivas más dificultosas, los erigía, en definitiva, en un símbolo de sí misma, un ejemplo que no debía caer en el olvido, sino guiar a las generaciones futuras cuando se apartasen de la senda prefijada” (Ruiz 205).

La sumisión del género biográfico al proyecto político del nacionalcatolicismo tenía obvias consecuencias que en la primera posguerra difícilmente podían esquivarse y todas repercutían en la falta de libertad del biógrafo para construir el relato. El autor de vidas ajenas debía encauzar su relato en el discurso de la ortodoxia historiográfica. Esta falta de libertad era una primera sentencia que preludiaba la condena definitiva de la que había sido piedra angular de la “nueva biografía”, la libertad para mirar y escribir la vida del biografado en un plano de igualdad, sin necesidad de santificarlo o condenarlo. Una libertad sustentada en el progreso científico de una serie de teorías psicológicas que revelaban aspectos oscuros del sujeto que la católica ortodoxia moral del tiempo no quería ver, soñaba en reprimir o pretendía simular que no existían. En este contexto, en los días de mayor vigencia del modelo cultural del fascismo español, con el estilo de la “biografía novelada” cuestionado por la crítica y devorado por los lectores, es cuando Antonio Espina publica su *Cervantes*.

El librito, apenas 168 páginas, apareció en el último cuatrimestre del año 1943 en la colección “Vidas” de la editorial Atlas creada aquel año. La colección la dirigía el periodista Joaquín Arrarás, el organizador del Servicio de Prensa y Propaganda en los primeros meses de la guerra, director de la *Historia de la Cruzada Española* y autor de la primera biografía de Franco (titulada simplemente *Franco*, fue un best-seller: se publicó al menos en siete países, se tradujo a más de cinco lenguas y hasta 1939 tuvo un mínimo de nueve ediciones en España). Aunque en “Vidas” debían participar algunos de los más reputados publicistas franquistas –Pedro Laín Entralgo, Manuel Machado o José María Pemán–, el relumbrón de la nómina de colaboradores acabó siendo mucho menor (suenan los nombres de Fray Justo Pérez de Urbel –autor por entonces de varias hagiografías– y del escritor y coronel Jorge Vigón). Según el programa editorial debían aparecer dos títulos al mes, pero entre 1943 y 1945 tan sólo vieron la luz diecisiete. Los libros, con formato de fascículo (similares a la *Revista “Biografías”* de 1930), valían cinco pesetas y su extensión oscilaba entre las ciento cincuenta y las doscientas páginas. En la cubierta aparecía el rostro del biografado dibujado dentro de un medallón y el nombre del biógrafo únicamente aparecía ¡en la página 5!

¹ No creo que sea exagerado afirmar que casi todos los autores que publicaron en la colección –José Llampayas, José Andrés Vázquez, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, Julián María Rubio...– son, a día de hoy, prácticamente desconocidos. En la programación inicial de “La España Imperial” figuraban los nombres de profesores y críticos de cierto prestigio (como Melchor Fernández Almagro o Narciso Alonso Cortés), pero ninguno de los dos acabaría colaborando en la colección.

Otro enterrado cervantista

Prácticamente por las mismas fechas en las que Antonio Espina debió regresar a Madrid (con una diferencia de meses, intuyo, no más), otra figura paradigmática de la cultura republicana llegó también para instalarse en la capital. Como Espina, se sentía condenado a vivir, igualmente, como un enterrado en vida. Era Agustí Calvet, más conocido por su pseudónimo periodístico: *Gaziel*. Tras haber sido durante más de veinte años uno de los publicistas más influyentes de la prensa española desde su tribuna en el diario *La Vanguardia*, el *Gaziel* de la posguerra civil en Madrid se pensaba a sí mismo como un ánima del purgatorio. De entrada vivió a la sombra de un figurón del régimen franquista –el futuro ministro Eduardo Aunós, con quién mantenía contactos desde mediados de 1940, cuando Aunós era embajador en Bruselas– y estableció algún trato editorial también con Joaquín Arrarás, vinculado a Ediciones Españolas. Pero al poco, cuando Aunós fue destinado como embajador a Buenos Aires, *Gaziel* debió buscarse de nuevo la vida en el sector editorial hasta que en 1943 logró crear su propia empresa: la editorial Plus Ultra.

Uno de sus primeros proyectos, diseñado ese mismo 1943, era publicar un ensayo lujosamente ilustrado que analizase el tratamiento gráfico de la figura de Cervantes y del Quijote y los otros protagonistas de la novela desde la aparición del libro hasta ese momento. *Historia gráfica de Cervantes y el Quijote* se imprimiría, al fin, en 1946. Era una muestra de erudición que encajaba de manera natural con la trayectoria de quien fue su autor principal –Juan Givanel Mas, conservador de la Sección Cervantina de la Biblioteca de Catalunya y que moriría aquel año–, pero que así, de entrada, no parecía cuadrar con la obra del otro coautor: *Gaziel* mismo. Quizás por ello, en el prólogo y con tono impersonal, *Gaziel* venía a justificar su inesperada presencia allí: “No ha dejado de pasar ningún año [de su vida], que ya para larga, sin adentrarse en el insondable deleite de saborear la compañía de aquel raro, grande y luminoso espíritu” (*Gaziel* 5). Era cierto.

El libro recorre de manera ordenada y cronológica, como decía, los retratos que se han dibujado de Cervantes y las ilustraciones que, en sucesivas ediciones del texto a lo largo de los siglos, se han ido haciendo de los personajes y pasajes de la novela. Uno de los últimos libros de los que da noticia es una versión japonesa publicada el mes de octubre de 1936. Los autores, seguramente *Gaziel*, no quisieron referirse a la situación en la que por aquellos días se encontraba su país. “España estaba sumida en su máximo dolor de los tiempos presentes”, “en la patria de Cervantes reinaba la desolación, la muerte y la ruina” (*Gaziel* 332 y 334). Casi seguro que son palabras de *Gaziel*. No es fácil detectar cuáles son los pasajes redactados por él en el libro. El profesor Manuel Llanas sugiere que básicamente puso en solfa los conocimientos de Givanel (Llanas 342). Su intervención en el texto, en efecto, debió ser escasa. Tal vez su presencia iluminó aquellos pasajes en los que se salta de la erudición amena al ensayismo moralista. Desde que fuera cronista de la Primera Guerra Mundial, *Gaziel* fue más bien poco optimista en su enjuiciamiento de la sociedad de su tiempo. Esa mirada agónica, reflejo de la toxina que iba gangrenando la civilización liberal de matriz ilustrada, tal vez sea la más característica de *Gaziel*. Es un escepticismo de resonancias apocalípticas que se cuele en otros momentos del libro. Al comentar la falta de ediciones durante la Gran Guerra, por ejemplo. Y es probable que también esta definición de la novela sea suya: “Espejo maravilloso donde viene mirándose a sí misma, sin cansarse nunca, la pobre Humanidad” (*Gaziel* 566).

¿Cómo se vio Antonio Espina al mirarse a sí mismo, aquel año 1943 del exilio interior en Madrid, en el espejo de Cervantes y el *Quijote*? ¿Qué relación entre biógrafo y biografiado se estableció en aquel Madrid nacionalcatólico?

Espina en el espejo de Cervantes

El *Cervantes* de Antonio Espina no se ha reeditado. Es un libro modesto en el mejor sentido de la palabra. Un libro virtuoso porque, en el peor de los momentos posibles para pensar con libertad el pasado (para la escritura de biografías también, como señalaba antes), es de una modesta sabiduría admirable. Ante los intentos más burdos de instrumentalizar el pasado para legitimar un régimen indigno, Espina se aparta en silencio de las políticas de la memoria nacionalcatólicas y de estéticas imperiales. Como si lo hubiese escrito un humanista derrotado pero cuya conciencia, a pesar de los pesares, no ha sido ultrajada ni devastada.

La biografía, sin grandes pretensiones, avanza de entrada con naturalidad tan sólo sobre datos básicos. Una biografía divulgativa más, parece. Cervantes es el niño que nació en Alcalá, el joven que estuvo en Madrid, en Sevilla, en Valladolid, de paso en Barcelona... Y así será hasta el cautiverio en Argel, un hombre que se forma en la itinerancia. Por ello, Espina, antes de embarcar al soldado fatigado en la galera *Sol* que asaltaría una banda de piratas, explica cuál es el estado espiritual de su biografiado: “El espíritu de Cervantes ha evolucionado profundamente; las decepciones, el dolor, la duda, los irreductibles agobios económicos, quizá también los conflictos sentimentales, al acibarar su alma han empañado con velos de tristeza su humor” (Espina 78). Será a partir de este momento que la solidificación de la arquitectura sentimental de Cervantes que conduce hacia al *Quijote* –ese es el tema de la biografía: saber cómo aquel hombre escribió aquel libro– atraviese un punto de inflexión sin retorno.

Si antes del cautiverio su vocación había sido “más militar que literaria” (Espina 73), después Cervantes será en esencia un escritor. Punto de inflexión. Este cambio en el proyecto vital del biografiado tiene un acertado correlato en la construcción del relato. Ahora la relación del yo con la circunstancia externa dejará de ser el principal rasgo caracterizador del personaje y, en esencia, pasará a serlo una aventura interior. La cárcel, según Espina, se convierte en el eslabón más costanero que Cervantes deberá subir para lograr escribir su gran novela y dar sentido a su vida. ¿Cómo documentarlo? ¿De qué estrategias literarias podía servirse el biógrafo para sustentar aquella interpretación? ¿Cómo podía seguir construyendo la narración sin caer en la ficcionalización? Hasta aquel momento el Cervantes que había ido configurando Espina era un hombre volcado al exterior, un ser que actualizaba sus potencialidades mediante la contemplación. A partir de este momento, en cambio, el marco de la acción será tan sólo un pretexto para un ejercicio de introspección.

Ante la falta de documentos sobre la intimidad del Cervantes cautivo, más allá de las anécdotas de sus fugas frustradas y lo que pueda colegirse de la *nouvelle* incrustada en el *Quijote*, Espina hallará el material necesario mirándose a sí mismo. Mallorca, la guerra civil, el cautiverio, su calvario. “La desolación, la muerte y la ruina”, retomando la cadena semántica de Gazieli al hablar de la España del drama de la guerra. Ese es el espejo donde biografiado y biógrafo se contemplan. Como si aquella hoja de afeitar dramática reflejase a uno y a otro. Espina busca a Cervantes adentrándose en sí mismo, en los días durante los cuales estuvo a punto de enloquecer para siempre y quiso acabar con su vida. No en vano la larga y traumática experiencia en el Fuerte de San Carlos, durante la Guerra, aún debía tenerla muy presente. Así el literato, de un modo distinto a lo que había contado hasta ese momento, toma las riendas

del relato. Será su experiencia como escritor preso, pues, la que le permitirá contar el mundo interior de su personaje. “Cervantes pasó los primeros días de su cautiverio deprimido, obsesionado por la terca malaventura de su estrella”. ¿Cómo justificar aquella interpretación del estado espiritual del personaje? Espina no usará la primera persona (pecado de la poética de la “nueva biografía”) ni hará explícita la simbiosis de experiencias, ¡estamos en 1943 y no se trataba de contar que uno había sido encarcelado por su militancia republicana!, pero sin tener en cuenta el periplo carcelario del biógrafo no tengo otra forma de explicarme un pasaje como el siguiente:

El desdichado se sintió desfallecer muchas veces. La tortura física y el sufrimiento moral de los primeros días y semanas en una prisión son para el recluso tan abrumadores que en el mismo exceso de sensaciones encuentra el único alivio posible. La sensibilidad acaba por agotarse y entonces descansa. Luego empiezan a funcionar poco a poco esos resortes oscuros de adaptación psíquica que ignoramos en la vida normal y que cuando se cae en lo extraordinario condicionan el individuo a la situación; por último, al cabo de cierto tiempo, un proceso ascendente de dominio interior y de esperanzas proporciona los medios indispensables de defensa y aguante. Ciertamente que si la prueba es muy larga y el individuo es débil los recursos protectores de la naturaleza fallan. Entonces el prisionero sucumbe. Por fortuna para la causa universal del espíritu, no fue este el caso de nuestro Cervantes. (Espina 85)

Espina parece decirnos que sin haber desarrollado “esos resortes oscuros de adaptación psíquica”, sin haber sentido aquel “proceso ascendente de dominio interior y de esperanzas” Cervantes no habría alcanzado la plenitud de experiencia moral que transpiran tantas páginas del *Quijote*. Y es que el Cervantes preso, según el biógrafo, de algún modo no podía dejar de escribir, experiencia común a “sus amigos y compañeros literatos cautivos” (Espina 88).

Cuando en 1580 Cervantes vuelva a España será el hombre que ha sobrevivido a la cárcel. Retorna a su país ilusionado, pero con una herida que jamás podría suturar. “El dolor de inteligencia, puro y lúcido como un diamante en el fondo del cerebro, ese dolor que era el que ahora sentía, ya nunca más podría abandonarle”. Nosotros sabemos que llegará al *Quijote* y Espina interpreta que hallará fecundidad creativa en su dolor: “Un eje del que partían en todas direcciones dos clases de radios iguales, rectos, potentísimos: los del espíritu ‘crítico’ y los del espíritu ‘creador’” (Espina 106). Pero hasta que no se ponga a escribir la aventura del ingenioso hidalgo Cervantes vivirá como un derrotado, tal y como Espina se podía ver a él mismo en aquel momento.: “Realmente era un hombre que podía considerarse fracasado. Ni fortuna ni gloria. Pasaba ya de los cuarenta y no había conseguido nada en este mundo si no eran infortunios” (Espina 131). ¿No era también un escritor que subsistió a la Guerra, que había batallado por la modernización intelectual de su país, y que se había convertido en un proscrito? Cervantes, como él, había escapado del infierno, y las marcas del calvario se le habían grabado en su rostro. “La expresión de esta fisonomía, fijándose con atención, revela hastío y acaso mal humor” (Espina 134). Pero había algo más, alguna tímida manifestación de esperanza. “Como es una fisonomía cambiante, rica en matices casi imperceptibles, pasa pronto del aire taciturno a la sonrisa y en ella se manifiestan siempre reflejos muy finos” (Espina 134). Después de tanta experiencia acumulada el poso del sufrimiento era la ironía. Cervantes, así se titula el capítulo del que extraigo esta cita, está “en vísperas del *Quijote*”.

El acicate definitivo será una nueva experiencia carcelaria: la estancia de Cervantes en la Prisión Real de Sevilla. “Al salir de la cárcel a fines de diciembre llevaba ya en abultado cartapacio varios capítulos del *Quijote* [...]. Eso no consta en ninguna parte, pero es lógico suponerlo” (Espina 139-140). Igual que Quevedo o Camoëns, como Verlaine o Dostoyewski, la literatura fue compañera en las horas de penumbra. Un día de 1597 se produjo el hecho trascendental. Cervantes cogió “los útiles de escribir” (Espina 139) y escribió las primeras palabras de su libro. El escritor aún viviría quince años, pero la acción que daría sentido a su existencia ya estaba realizada: Don Quijote y Sancho cabalgan por tierras manchegas, como hiciera un niño hacía casi medio siglo de Madrid a Sevilla. Así alcanza Espina el objetivo de su biografía: el biógrafo ha llegado al *Quijote*.

Obras citadas

Espina, Antonio. *Cervantes*. Madrid: Atlas, 1943.

Gaziel y Givanel Mas, Juan. *Historia gráfica de Cervantes y el Quijote*. Madrid: Plus Ultra, 1946.

Llanas, Manuel. *Gaziel: vida, periodisme i literatura*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.

Massot i Muntaner, Josep. *El calvari d'Antonio Espina i de Guillermo Roldán. Mallorca, 1936-1940*. Palma de Mallorca: Lleonard Muntaner, 2013.

Puig, Valentí. *L'home de l'abric*. Barcelona: Destino, 1998.

Ruiz Bautista, Eduardo. *Los señores del libro: propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo*. Gijón: Trea, 2005.